

fora que hace de toda la poesía actual hispanoamericana, un gentil y donoso alarde de estrategia verbal.

Clasicismo, romanticismo, simbolismo, parnasianismo, neo-clasicismo, nuevo romanticismo, nuevo simbolismo. La poesía es un "devenir" inalterable, una insistencia continua, una espléndida repetición, una ley hegeliana del arte, y desde luego, la más pura, más emocionante y bella.

"No veó nada en el vasto universo, que no te esté consagrado, antiguo Eros, joven Amor. Erguida en el corazón del mundo, quiero tomar en mis manos, para volver a dártelas, todas las dulzuras de la naturaleza. Te consagro, primero, el tiempo inmemorial y las más bellas edades de la vida, las que suceden a la infancia, bajo cuyo sombrero inclinado, flotante, como un ligero techo de paja, ensaya en los jardines, el beso futuro. Te consagro también los bellos mediodías del verano, el aire compacto y dulce, el azul, el radiante azul. Te doy el mundo y los lugares del mundo, tan bellos, que imaginarlos, vuelve soñador para siempre a quien los imagine. Te hago don también, antiguo Amor, joven Eros, de todos los pueblos de la tierra, y de todas las casas de esos pueblos, desde el templo formidable que conmovió Sansón por amor tuyo, Amor. Te ofrezco el fuego y el agua, el agua en que murió Leandro, donde se mezclaron las lágrimas de Ariadna y de Calipso y la sangre de Tristán, quien murió al borde del mar. Te doy también todos los arroyos de plata viva por los cuales la tierra, en verano, parece reír y moverse. Te consagro los ojos de todos los rostros y todas las miradas: las miradas oblicuas, combadas, fugitivas; las que descienden detrás de los párpados, como el sol de la tarde en las olas cantarinas; los ojos vendidos como un héroe cuyas espaldas de plata tocasen la tierra, los ojos triunfantes como dos antorchas en lo alto de dos brazos poderosos..."

Poesía actual, poesía de siempre, poesía victoriosa del tiempo. La voz de Ana de Noailles, "hilandera mayor del lirismo francés", se halla intacta. "Escribo para que el día en que esté muerta se sepa cómo amé el aire y el placer, cómo amé a la vida y a la dichosa naturaleza", dijo en una de sus inmortales poesías. Ese voto lírico se ha cumplido a la perfección.

Hernando Téllez

## LA FILOSOFIA EN AMERICA

Por SAMUEL SYRO

Cada día es más evidente, el predominio definitivo que han de tener los estudios filosóficos, en la formación de una auténtica y verdadera cultura americana del futuro. Aunque sea verdad en cierto modo, como frecuentemente se dice, que en América no ha existido propiamente un pensamiento filosófico original y revelador de características peculiares nuestras, si se exceptúa el caso singular del pragmatismo de Pierce, William James y John Dewey en los Estados Unidos, no es menos cierto también, que ya en la actualidad es imposible concebir una filosofía, nacida de improviso y sin recibir la influencia necesaria de más de veinte siglos de cultura. Afirmar lo contrario, sostener que la originalidad o la autenticidad de un sistema tiene que excluir siempre toda clase de influencias y de antecedentes, sería negar no sólo la tendencia hacia la *unidad* que ha distinguido a la filosofía de todos los tiempos, sino desconocer, además, ese algo de verdad encerrado siempre en cada uno de los sistemas filosóficos, en virtud del cual todos ellos se vinculan y parecen incluirse recíprocamente. De esta manera, toda investigación en el campo de la Filosofía, sea cualquiera la época o el lugar en que se realice, no puede escapar nunca al estudio y a la influencia del pensamiento anterior. Por el contrario, la historia ha demostrado plenamente, cómo todas aquellas concepciones embrionarias que preceden a la formación de un sistema, a menudo son una condensación de otros sistemas más antiguos. Y estas concepciones incipientes, al ser aplicadas a las diversas circunstancias que constituyen la realidad en un momento histórico dado, adquieren nuevos matices y proyecciones múltiples, que además de asegurar la subsistencia más o menos duradera de las mismas, les comunican la fuerza y la energía creadora de un verdadero sistema filosófico.

La filosofía en América, después de haber recibido y continuar recibiendo las más variadas influencias del pensamiento europeo, atraviesa ahora por las primeras etapas de la formación de todo sistema. En la mayoría de los países del Continente, los cultivadores de la filosofía se encuentran actualmente ocupados en un trabajo de selección y de síntesis. Cada uno de ellos, en una u otra forma, trata de depurar y separar los diversos métodos del conocimiento, para asignarles así su exacta dimensión en la ciencia filosófica y para reunir y armonizar sus diversos elementos dispersos. En esta forma, aquello que antes aparecía obscuro o posiblemente inactual, adquiere mediante esta labor de depuración y de limpieza, una significación real en nuestro tiempo. Los conceptos, al ser restituidos a su sitio verdadero, encuentran así una fundamentación firme, antes de la cual es imposible instaurar cualquier clase de renovación en el orden de las disciplinas filosóficas. Por estos medios, las teorías del conocimiento, el problema de los valores, la filosofía de la persona y de la cultura, las concepciones de la ética, de la lógica, de la metafísica y de la filosofía del derecho, concretizadas, esclarecidas de manera suficiente y situadas en sus verdaderos límites, se hallarán entonces en un estado propicio para ser sometidas no sólo a una crítica fecunda, sino a una renovación sustancial que interprete las realidades, las dudas y los múltiples problemas de la época actual.

La filosofía Escolástica, cuyos principios fundamentales fueron propagados en las Universidades de América, desde el momento mismo de su fundación, ha dejado una honda huella en todo el pensamiento del Continente. Durante los años de la Colonia y aún hasta fines del siglo pasado, las obras de Santo Tomás, de Scoto Eri-gena, de Anselmo de Cantórbery, de Abelardo y Alberto Magno, constituyeron el principal motivo de meditación y de estudio. Sin embargo, no siempre se tuvo una idea clara del verdadero alcance y de la significación de los grandes filósofos medievales. La mayoría de los autores, preocupados por los diversos sistemas filosóficos, frecuentemente estudiaron estos pensadores, desde un punto de vista religioso o teológico. A ello contribuyó de manera notable, la carencia de un concepto y de una visión honda de la historia filosófica. De este modo, reducido el pensamiento medieval a uno solo de sus múltiples aspectos, necesariamente había de estancarse, de desfigurarse en su más íntimo sentido y de retroceder en lugar de progre-

sar. Los humanistas de la Colonia, pertenecientes en su mayor parte a órdenes religiosas, sin comprender ni estudiar ampliamente las doctrinas del Tomismo, limitaron sus investigaciones a la simple transcripción de textos, y a las enseñanzas del dogma, dejando a un lado la interpretación de los más importantes problemas planteados por la filosofía medioeval.

Esta concepción reducida del pensamiento de la Edad Media, ha sido una de las causas principales por las cuales se ha considerado esta época, como carente de importancia en la Historia Filosófica, y en la evolución general de la cultura. La falta de una clara noción a este respecto, además de hacer aparecer la Escolástica como un sistema especial que nace y termina en la propia Edad Media, impidió el desarrollo natural y creador de la filosofía cristiana en los últimos siglos. Por otra parte, la circunstancia de que nuestros primeros humanistas y cultivadores de la filosofía, no hubieran tenido en cuenta la gran amplitud y la profunda vitalidad, contenida en el pensamiento medioeval, contribuyó a encerrarlos en un pequeño círculo cada vez más estrecho e infecundo. En esta forma, todas aquellas doctrinas maravillosas de Anselmo de Cantórbery, Duns Scoto, Juan de Salisbury, Abelardo, Santo Tomás y Alberto Magno, en lugar de haber sido ampliamente desarrolladas, aplicadas a las nuevas realidades de los tiempos y enriquecidas con una vida más creadora y dinámica, se vieron de improviso restringidas en su esencia, estancadas en su evolución armónica y agotadas en su más íntima energía. Las sutilezas dialécticas y los ingeniosos silogismos del falso escolasticismo decadente, gustaron mucho más a nuestros autores americanos de la Colonia y de la época posterior, que el tratar de aplicar a una nueva vida y a una realidad desconocida, las adquisiciones de la filosofía anterior.

Pero en la mencionada apreciación equivocada de la cultura de la Edad Media, influyó no sólo la consideración inexacta de las profundas relaciones existentes entre la razón y la revelación o la fe, sino la creencia general en que ella había establecido una separación infranqueable, entre las verdades de la investigación estrictamente filosófica y la verdad de la vida espiritual del hombre. Sin embargo, el espíritu de la filosofía cristiana ha tendido siempre, por el contrario, hacia la conciliación definitiva de estos temas eternos. El pensamiento católico ha tratado de demostrar a la humanidad, que la razón no es ni puede ser opuesta a la revelación, pues ésta amplía sus

dominios y sirviéndose de principios inteligibles y perceptibles por la razón, eleva al hombre hasta la comprensión de verdades más hondas e infinitas. No existe, pues, contradicción, sino cambios y diversidad de actitudes del espíritu, en una u otra época. El gran problema del hombre ha consistido en todos los tiempos, en la búsqueda ansiosa de un eje y un centro definitivo de su vida. Unas veces ese centro ha pretendido encontrarlo en sí mismo, como en la antigüedad pagana y en el Renacimiento. Pero en otras ocasiones, como en la Edad Media, ha predominado la necesidad de buscar fuera de sí, en una realidad más grande y más perfecta, ese punto de apoyo de su existencia. A este conocimiento de una realidad superior, a esta noción de un Dios que es causa última y principio de todo el Universo, ha llegado el hombre por vías de razón. Porque aunque él ignore cómo es este Dios en sí, por tratarse de una realidad distinta de la inteligible, sabe no obstante y de manera cierta que existe, y lo sabe por medios puramente racionales, como la experiencia de las cosas sensibles. La filosofía cristiana no está pues, como han pretendido colocarla algunos, en oposición con las adquisiciones de la razón. El error de quienes enseñaron por primera vez en América, los principios fundamentales del cristianismo y del pensamiento medioeval, consistió en señalar apenas uno de sus muchos aspectos, en restringir su amplia significación y en tratar de situar la gran concepción cristiana del mundo, en una inexplicable zona de abstracción y de indiferencia por los adelantos de la cultura y los continuos problemas de los pueblos. Aquel error inicial explica en cierta forma el prolongado letargo intelectual en que vivió América durante varios siglos.

La llegada del positivismo, en los últimos años del siglo pasado, señala ya una nueva etapa para el pensamiento americano. La reacción general contra las ideas positivistas, hizo despertar una conciencia de unidad espiritual, que hasta entonces estaba latente en los diversos países de América. Se intentó así por diversos medios, una especie de sistematización y de renovación de todos aquellos principios de la filosofía antigua y medioeval, para tratar de asegurar la estabilidad de doctrinas fundadas en ideales más altos. A este movimiento anti-positivista, contribuyó la rápida difusión de las obras de los filósofos idealistas alemanes y de Bergson, cuyo pensamiento representaba un regreso hacia la metafísica y la creación de un método cognoscitivo basado en la intuición de un mundo superior a la razón.

La lucha contra el positivismo se había iniciado ya en Europa desde el siglo XVIII, cien años antes que en América. Allí las ideas de Dios, de Libertad y de inmortalidad, que habían constituido la problemática tradicional de la metafísica anterior, convertidas en el tema primordial de la filosofía de Kant y de Fichte, y de Hegel, encontraron su fundamento de realidades suprasensibles, en la intimidad y en la conciencia profunda del Yo, originando así el idealismo. Aunque este idealismo, en cuanto afirmaba la existencia de realidades suprasensibles, de realidades superiores a las cosas, y ocultas en el propio Yo, constituía de por sí un argumento fuerte contra las tesis positivistas, no habría bastado para destruir esas doctrinas, sin el auxilio de algo que explicara su causa última. Y sucedió entonces que esta absoluta certeza del Yo, como realidad necesariamente existente, no siendo suficiente para satisfacer las ansias del conocimiento humano, hubo de conducir a los idealistas posteriores hacia el hallazgo de un principio infinito y más real que garantizara esta verdad. En esta forma, como había sucedido en la Edad Media y como aconteció después en las *Meditaciones* de Descartes, el idealismo tuvo que renunciar a su pretensión de fundar todo el centro de la filosofía en el YO, para buscarlo en cambio en la infinitud de Dios. Esta misma evolución se advertirá después, desde el punto de vista de la lógica y de la ética, y de la metafísica, en Husserl, Scheler y Hartman, tres de las más grandes figuras de la filosofía moderna.

Al tiempo que el idealismo absoluto fue superado, mediante el reconocimiento de una realidad trascendental y de una razón susceptible de abrirse a lo metafísico, otros espíritus más o menos contemporáneos, como Heidegger, Kierkegaard, Karl Barth y aún el mismo Nietzsche, trataron de concebir una filosofía de la existencia, fundada en la angustia del hombre ante la muerte, ante su propia imperfección y ante lo limitado del tiempo, que fuera capaz de elevarlo después hasta la afirmación de Dios, realidad única y Ser infinito y absoluto. Sin embargo, ya desde el siglo IV, San Agustín y otros pensadores habían experimentado hondamente esta angustia y la habían unido a su existencia misma, anticipándose en cierto modo a las últimas tendencias de la filosofía actual.

Bajo la influencia inmediata de todos los filósofos anteriores, que afirmaban y creían en la existencia de una metafísica, como punto de partida de toda filosofía, empezó a formarse desde principios

de este siglo, la conciencia filosófica de América. Especialmente en Latino-América, la reacción contra el positivismo en los diversos países, se inicia hacia una misma época. Alejandro Korn en la Argentina; Antonio Caso y José Vasconcelos en Méjico; Deustua en el Perú; Fariás Brito y Figueiredo en el Brasil, se constituyen en los grandes promotores de este movimiento de carácter señaladamente espiritualista, que trataba de unificar, ampliar y renovar los olvidados principios de la Filosofía Cristiana. Fue pues necesaria esta breve acometida del positivismo, para que América abandonara la inmovilidad y el estatismo en que estaba sumida. Sólo después han surgido figuras de la magnitud de Francisco Romero, Carlos Cossio, Eduardo García Maynez, Carlos Astrada, Angel Vasallo, Alberto Rougés, Francisco Larroyo, Vaz Ferreira, etc., que hacen pensar ya en una verdadera filosofía americana del futuro. En Colombia, aunque los estudios filosóficos no han cobrado aún la importancia que debieran tener, existen actualmente, además de pensadores ampliamente conocidos en todo el continente, investigadores tan responsables como Luis E. Nieto Arteta, Cayetano Betancur, Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez, actualmente dedicados a la crítica filosófica y a la creación de un ambiente propicio para el desarrollo y difusión de la Filosofía. A este desarrollo y a esta difusión contribuirá, por otra parte, la creación de la nueva Facultad de Filosofía y Letras que se proyecta, siempre que ella sepa interpretar y dirigir los verdaderos sentimientos de nuestro pueblo colombiano, hacia ideales más puros, perfectos y duraderos, tal como debe ser siempre la finalidad de una firme y auténtica cultura.

Samuel Syro

## EL IDEAL UNIVERSITARIO DE DON ANDRES BELLO

POR GUILLERMO HERNANDEZ DE ALBA

El magisterio del sabio caraqueño Andrés Bello prolonga su influencia continental, no solamente como creador de nuevas maneras verbales castellanas, inspirado cantor de nuestra zona tórrida, ensayista profundo y erudito, sino como autor insuperable de su noble tratado *Principios de Derecho Internacional*, en cuyo texto por primera vez se reunió un cuerpo de doctrina genuinamente americano; suma de las nuevas teorías, fruto magnífico de la independencia de un continente colonial que, por propio derecho y por valor sin segundo de sus libertadores, entró a departir en el concierto de las naciones.

No redujo el sabio, no circunscribió su pensamiento al ámbito territorial del noble país chileno que le brindó generoso nueva patria; fue el primero de los pensadores del continente, no solamente por su calidad excepcional de genio, sino por las doctrinas que quiso ver implantadas en América. Así como le ofreció codificado su Derecho de gentes, cuyas doctrinas se enseñaron en casi todos los países Hispanoamericanos inspirando unimismados ideales de fraternidad, de igual manera fue ecuménico su pensamiento en los demás ramos del humano saber, para los que buscó la cooperación y el beneficio continentales.

Diez y ocho años de vida londinense, desde el de 1810 al servicio de trascendental misión confiada a Bolívar, y el resto de sus dilatados días en la dirección de la política internacional de Chile, en su organización de pueblo ejemplar, en la orientación de su cultura como primer rector de la Universidad Nacional, permitieron al sabio conquistar ese respeto unánime, ese prestigio universal, esa personalidad que aún enseña a la América en esta hora de nuevos principios internacionales y en que la vieja expresión del tratadista Vat-